

Los últimos días de Pablo Neruda
Luis Alberto Mansilla

Resumen

El autor de este artículo critica el proceso de mistificación de Neruda y las operaciones para convertirlo en objeto de veneración y de culto. Hace notar que se ha privilegiado su condición de "poeta del amor", en desmedro de su poesía y su labor política. Luego relata una entrevista sobre Pablo Picasso - que había fallecido recientemente - que el poeta le dio en Viña del Mar, en marzo de 1973, y su último encuentro con Neruda, a fines de agosto del mismo año. El artículo concluye con el recuerdo de los funerales de Neruda.

Texto

Es un lugar común decir que Pablo Neruda es el más universal de los chilenos. No es mitología chovinista señalar que lo más frecuente que le digan a uno en otros países "Ah, del país de Pablo Neruda" y alguien sepa de memoria alguna estrofa del Poema 20 o que algún intelectual cite *Residencia en la Tierra* o algún político se acuerde de *España en el Corazón*, o que algún nerudiano exprese el deseo de conocer Isla Negra que no es isla ni es negra.

Neruda es quizás el poeta más traducido del siglo. Se le puede leer en casi todos los idiomas y en la mayoría de los dialectos. Se dice que *Veinte Poemas de Amor* es el devocionario de los amantes o que *Residencia en la Tierra* es uno de los libros más disgregadores y angustiosos que se hayan escrito en poesía y que *Canto General* es uno de los mayores monumentos de la poesía política en idioma español.

Casi no hay nada novedoso que decir o agregar a la obra y a la biografía de este colosal chileno. Hace tiempo ingresó a los dominios de la mitología. Así, se asegura que fue una especie de don Juan o de Casanova, aunque lo cierto es que sus amores y sus amantes no fueron muchas; que cultivó más los amores que los amoríos; que le gustaba legalizar en el registro civil sus uniones profundas; que desde sus años juveniles le ofrecía matrimonio a una amada que le dio calabazas; que era, en fin, un galán tímido.

El marketing que acompaña su figura dice que era un incansable coleccionista de caprichosos objetos, un constructor de casas exóticas, un idealista inocente que hizo un ingenuo pacto con el diablo, impulsado por sus sueños de cambiar y hacer mejor la sociedad humana.

Sus detractores también contribuyen al mito cuando aseguran que era un egocéntrico insoportable, una especie de rey rodeado de cortesanos, un hedonista para quien el pueblo, al que decía amar, no era sino una retórica de su poesía, que era desdeñoso y lejano con la gente simple, que escribió cantos vergonzantes a Stalin y a González Videla, personaje, este último, al que luego estigmatizó en estrofas virulentas.

Conocimos a Pablo Neruda más allá de su entorno de poeta famoso y de sus apariciones en los mítines y batallas del Partido Comunista en que militó sin contradicciones hasta el fin de sus días.

Era un hombre con virtudes y defectos como cualquier otro. A los que fueron sus amigos y a quienes le conocieron de verdad les horroriza que se esté convirtiendo en una estatua, en un objeto de culto, en una suerte de figura de iglesia. El mismo decía que era un chileno del sur, que nunca superó al joven provinciano que en febrero de 1921 llegó a la capital en la tercera clase de un tren nocturno, con algunos poemas que corrigió con esmero y que conformaron las páginas de su primer libro, *Crepusculario*, aparecido en 1923, y que financió con la ayuda de sus amigos y con parte de la modesta mesada que le enviaba desde Temuco su padre ferroviario. Vivió entonces en una pensión para estudiantes de calle Maruri. Y cuando interrumpió sus estudios en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile ya no recibió la mesada y empezó su peregrinación de la pobreza en destantaladas piezas de viejas casas de la calle García Reyes o Echaurren.

Era un joven de pocas palabras, de voz lenta y nasal, vestido de negro, usaba una capa de poeta que no era otra cosa que una prenda de su padre que la empresa de ferrocarriles les entregaba a los maquinistas para que se protegieran de las lluvias incesantes de la zona. Desde esa época adquirió una timidez que apenas podía disimular. Sólo se sentía a sus anchas con sus amigos, que rara vez fueron importantes intelectuales, sino más bien personas sencillas que disfrutaban de la vida y que le conocieron en sus años de bohemia y de pobreza. Es cierto que a la gente le parecía que a veces adoptaba aires de Buda. Alguna vez se lo hicimos notar en nuestras conversaciones cuando acudía a entrevistarle como modesto reportero del diario *El Siglo* o de la revista *Vistazo*. Siempre me decía que no se había acostumbrado jamás a tratar a los desconocidos y sobre todo a los admiradores de su poesía; "siempre me buscan - decía- para que explique mi poesía y yo no sé explicarla." Era verdad que no se sabía de memoria ni uno solo de sus versos, ni siquiera los más famosos, es verdad que nunca leía sus propios libros a los que acudía solo cuando realizaba recitales. Estos recitales tenían un raro sortilegio sobre el numeroso público que siempre le escuchaba con recogimiento, incluso en espacios tan grandes como el ex Teatro Caupolicán o algún estadio. Se ufana de haber realizado lecturas de su poesía incluso en el Mercado Central, en medio de hortalizas o en plena pampa o en el campo, ante campesinos analfabetos. A primera vista su voz resultaba lenta y monótona, con un acento de letanía sacerdotal, pero había que acostumbrarse a su música. La verdad es que no ha existido un mejor interprete de la poesía de Neruda que el propio Neruda.

Amaba el mar y las pequeñas maravillas de la tierra. Su búsqueda de la belleza no tenía nada que ver con la riqueza. No coleccionaba joyas ni cuadros de gran precio ni muebles antiguos. Buscaba insólitas piedras que arrojaba al océano, llaves extrañas, botellas verdes o azules, máscaras, muñecas, mascarones de proa de viejos barcos, conchas marinas de grandes dimensiones y trabajadas por el océano durante siglos.

Era un visitante de los mercados y de las tiendas de anticuarios. Sabía que la poesía y la belleza estaban en todas las cosas, especialmente en las que usamos todos los días y que a veces son indispensables para nuestra existencia, y sabía que hasta la fealdad es parte de la poesía.

Por cierto le gustaba vivir en casas que materializaban su mundo poético.

Transformó una pequeña construcción en Isla Negra en un monumento al mar o construyó al pie del Cerro San Cristóbal una casa en varios planos y con escaleras de piedra, que en su tiempo aprovechó una cascada de agua natural que bajaba

desde el cerro. Asimismo convirtió una vieja casa de un cerro de Valparaíso en una torre para dominar, el puerto al que amaba y al que consideraba uno de los lugares mágicos de la tierra.

La poesía de Neruda es como su propia respiración y en su totalidad es su propia autobiografía. No se recluyó jamás en una torre de cristal y ni siquiera fue un espectador del mundo en que vivió, sino un protagonista activo y comprometido. "No puedo –decía- sin la vida vivir, sin el hombre ser hombre". Sentía que sus raíces estaban profundamente arraigadas en Chile. Asimiló a su mundo los bosques, los volcanes, las flores, los pájaros, el mar, el desierto, la nieve de Chile. Celebró a los grandes protagonistas de nuestra historia, desde los araucanos hasta Recabarren. Entendió que el gran protagonista de la larga y angosta franja era el pueblo chileno y a él se dedicó como ciudadano. Decía: "Yo amo hasta las raíces de mi pequeño país frío / si tuviera que nacer mil veces allí quiero nacer/ si tuviera que morir mil veces allí quiero morir".

En el propósito de convertir a Neruda en una estatua para la veneración se ha llevado a cabo una operación de deshuesamiento y de fraccionamiento. Para eso se privilegia su historia sentimental y su condición de poeta del amor en los *Veinte Poemas*, *Los Versos del Capitán* o *Cien Sonetos de Amor*. Así en esta visión, por ejemplo, tiene más importancia Josie Bliss, llamada "la pantera birmana", que la admirable hazaña de haber rescatado de la prisión y de la muerte a dos mil refugiados españoles republicanos en el barco *Winnipeg*, cuyo viaje el poeta organizó contra viento y marea durante el gobierno del Frente Popular. Tampoco se habla mucho de su experiencia de fugitivo de la policía durante el Gobierno de González Videla, de su año de clandestinidad en domicilios solidarios, de su travesía por la Cordillera de los Andes para huir de sus perseguidores y de una temporada en la cárcel.

Para algunos no es presentable el Neruda político, militante desde 1945 en el Partido Comunista de Chile. Es indudable que muchos no quieren enfrentarlo desde ese ángulo y que se empeñan en hacer desaparecer esa identidad que fue tan importante en la vida y la obra del poeta. Pero es imposible falsificar la historia y falsificar la historia a Neruda. Nos guste o no ahí está su historia que, a mí personalmente, me parece honrosa y ejemplar.

¿Por qué eligió Neruda ser militante del Partido Comunista y hacer un pacto con el diablo, como alguna vez dijo el crítico Alone, que admiraba su poesía, pero que detestaba sus convicciones políticas? En sus años juveniles el poeta fue más bien anarquista. Allí estaban algunos de los hombres más inolvidables de su tiempo: Juan Gandulfo, Domingo Gómez Rojas, Manuel Rojas, González Vera y varios de sus amigos de la bohemia de la calle Bandera. Luego, durante sus angustiosos consulados en Birmania, la India, Indonesia, fue una especie de enlutado existencialista. La presencia de la muerte, que es "como caer desde la piel al alma", del hastío, de la incomunicación, de la soledad y de la absurda vida, le hizo escribir los geniales poemas de *Residencia en la Tierra*.

Cuando llegó a España, en pleno despliegue de la República, fue saludado como un poeta "más cerca de la sangre que la tinta". Vivió allí una alegre vida en las tertulias y presentaciones literarias: fue amigo entrañable de Federico García Lorca, Rafael Alberti, Miguel Hernández, grandes poetas de este siglo. Conoció a una mujer, Delia del Carril, que cantaba en coros obreros y se movilizaba como una hormiga para solidarizar y apoyar a quienes necesitaban de solidaridad y apoyo. La dama provenía de una familia argentina de estancieros pero había roto con los suyos. Era militante del Partido Comunista de España. Al poco andar fue su compañera y su

amante. El poeta había prolongado su incomunicación en Indonesia con un matrimonio algo desesperado con una ciudadana javanesa- holandesa con la que nunca se entendió.

Tal vez la Hormiguita lo llevó a definiciones políticas que no le habían interesado antes. Pero, sin el "tal vez", fue la sangre por las calles de la guerra civil, las bombas de la aviación fascista, el asesinato de García Lorca, los que le obligaron a una toma de conciencia y a decir "el mundo ha cambiado y mi poesía también ha cambiado".

A partir de ahí se transformó en un hombre de acción. Ya hablamos de su hazaña de organizador del viaje del *Winnipeg*. Tendríamos que añadir la fundación de la "Alianza de Intelectuales en defensa de la cultura y contra el fascismo y la guerra" y su aceptación de una candidatura a Senador por Tarapacá y Antofagasta, antes de ingresar formalmente al Partido Comunista. Recorrió entonces con el líder obrero Elías Lafferte la ya desfalleciente pampa salitrera. No sabía pronunciar discursos políticos y Lafferte le dijo que lo mejor era que leyera sus poesías. Lo hizo a veces en medio de la pampa con un auditorio conmovido que no quería que terminara sus recitales; repitió esos recitales cuando fue candidato presidencial, en 1969. Fue elegido Senador con una impresionante cantidad de votos. En el senado no sólo hizo intervenciones poéticas sino que se preocupó profundamente de la zona que representaba y de quienes habitaban en ella.

Neruda asumió su militancia política con responsabilidad y dedicación. Sabía que le amenazaban algunos riesgos y los asumió. Los críticos, interesados en disminuir este aspecto del poeta, dicen que su poesía se tiñó de rojo y eso poco tiene que ver con la poesía. No obstante, no se explica la obra nerudiana sin *Canto General* que es, del comienzo al fin, un libro político, incluyendo las formidables *Alturas de Macchu Picchu*, o los tres cantos de amor a Stalingrado o libros como *Las Uvas y el Viento*, *Canción de Gesta*, *Incitación al Nixonicidio*, incluyendo el *Fulgor y Muerte de Joaquín Murieta* o *Los muertos de la Plaza*.

En realidad la tradición de la poesía política es tan vieja como la poesía. Empezó con Homero o antes. Un libro de terrible poesía política es *La Divina Comedia*, donde el Dante inventó los suplicios más terribles del infierno para sus enemigos políticos, que le desterraron y persiguieron.

Se recuerdan los 25 años de su muerte y resulta curioso que ése no sea el tema más importante de los discursos, a pesar de que sus detalles son menos conocidos que los ya señalados. Revivir esos detalles puede ser también una contribución a la memoria histórica a la que se pretende poner punto final.

Neruda regresó al país en octubre de 1972, luego de cumplir muy bien con su cargo de Embajador en Francia del Gobierno de la Unidad Popular y de haber obtenido, en 1971, el Premio Nobel de Literatura. Era ya evidente que estaba enfermo de un cáncer terminal y apenas podía hacer uso de sus piernas. Cuando fuimos a esperarlo al aeropuerto con un grupo de amigos, vimos bajar a un hombre de tez cenicienta, enflaquecido, marchito. Expresó alegría de encontrarse con tantas caras conocidas, y su esposa Matilde Urrutia lo sacó rápidamente de la ceremonia de los parabienes. Neruda dijo al subir al automóvil: "vengo para quedarme". Algunos días después se realizó una gran manifestación pública en el Estadio Nacional. Eran días de incertidumbre y el Estadio no estaba lleno, como esperaban los organizadores del acto que era de homenaje al Premio Nobel. El poeta dio una vuelta en un automóvil descubierto por la elipse del Estadio. A duras penas se mantuvo de pie y agitó un pañuelo para saludar a otros pañuelos y algunas antorchas encendidas. Hubo sólo dos discursos: uno del General Carlos Prats, a la

sazón Vicepresidente de la República, y otro más breve del poeta. Hubo canciones, recitaciones y alegorías. Después las autoridades organizaron un cóctel en un hotel. El poeta manifestó cierta prisa en regresar a Isla Negra. A partir de ahí no aceptó entrevistas de prensa ni visitantes que no fuesen los de su entorno más próximo.

Físicamente se fue deteriorando cada vez más. Un tratamiento con cortisona infló su figura y su imagen era patética. No obstante siguió escribiendo. Tenía la obsesión de terminar siete libros para celebrar sus 70 años, que cumpliría en julio de 1974.

Hacia fines de marzo de 1973 recibí un llamado telefónico de Matilde en el que me transmitía el deseo del poeta de contar en una entrevista algunos detalles de su relación con Pablo Picasso que había muerto recientemente. El lugar de la cita no era en Isla Negra sino en el hotel Cap Ducal de Viña del Mar, donde Neruda había sido trasladado para estar cerca de unos tratamientos de luz que le hacían en una clínica. Le encontré en cama, con buena disposición para conversar. Me dijo como siempre: "cuenta, cuenta". Le gustaba estar informado sobre los detalles de las noticias y de los personajes y siempre había un gran espacio para el relato de los sucesos a los que agregaba sus propios comentarios, a veces jocosos, o con datos y revelaciones que yo ignoraba. Luego fue al grano y durante una hora contó detalles de sus relaciones con Picasso, que mostraban al pintor como generoso ser humano. La entrevista apareció el 15 de abril de 1973 en la edición dominical de *El Siglo*.

Pasaron cinco meses y no supe nada sobre el poeta, excepto que Homero Arce, su fiel secretario, me informaba que la enfermedad avanzaba y que Neruda estaba muy solo en Isla Negra.

Hacia fines de agosto del 73 preparábamos en *El Siglo* una edición de la revista cultural de los domingos en homenaje a los 90 años del sabio Alejandro Lipchutz. Tuve la ocurrencia de llamar a Isla Negra para solicitar al poeta alguna frase de celebración del profesor, a quien había llamado "el hombre más importante de mi país". Matilde me dijo que Pablo quería dictarme directamente su contribución y que viajase a Isla Negra a la mañana siguiente.

Le encontré en su biblioteca, frente al fuego de la chimenea. Me pareció sombrío y desanimado. Tenía en sus rodillas un ejemplar de *Desolación* de Gabriela Mistral. Me dijo que le habían impresionado una vez más los *Sonetos de la Muerte* y leyó algunas estrofas. No me pidió que le contara los entretelones de alguna "noticia". Veía todos los noticiarios de la televisión, escuchaba la radio, leía todos los diarios que aparecían. ¿No crees, dijo, que estamos en vísperas de una guerra civil? Yo le tranquilicé: la situación era tensa y delicada pero ya habría alguna salida. Luego me pidió que conversara con algunos escritores y con el propio Dr. Lipchutz para crear un comité de auspicio que llamara a una gran reunión internacional de apoyo al Gobierno de la Unidad Popular. Me dio algunos nombres posibles: Sartre, Matta, Sábato, Vargas Llosa, García Márquez, Arthur Miller, etc. El pretexto sería la celebración de sus 70 años, pero el fin sería el apoyo de grandes personalidades culturales del mundo al Gobierno del Presidente Allende. Se animó sugiriendo algunos pasos previos que había que dar: la publicación de un manifiesto, por ejemplo, con gran amplitud, sin sectarismo alguno, que pudieran firmar figuras como Radomiro Tomić o el Cardenal Silva Henríquez.

El tiempo avanzaba y yo debía tomar un bus de regreso a Santiago. Le recordé el objeto de mi visita y me pidió que me sentara frente a la máquina de escribir para dictarme algo. Resultó un bello artículo de dos carillas y de la mejor prosa nerudiana. Apareció en el diario, en la primera semana de septiembre de 1973. La visita fue el 30 de agosto de ese año. Fue la última vez que vi a Pablo Neruda.

Once días después se produjo el golpe y al día siguiente llegó a la casa de Isla Negra un camión lleno de militares con palas y objetos de excavación. Un capitán subió hasta el dormitorio del poeta y le dijo que venían a buscar posibles armas en el jardín y en el interior de la casa. Neruda les dijo que revisaran todo y que era cierto que allí habían armas terribles y que estas eran poemas, muchos poemas, más mortíferos que las bazucas y las ametralladoras.

Se sintió muy mal apenas los militares abandonaron la casa, y Matilde decidió llevarlo a Santiago para internarlo en la Clínica Santa María. Partieron en la mañana del 14 de septiembre en un *Station Wagon* que era el vehículo destinado a las compras y los quehaceres domésticos. En el camino fueron detenidos por una patrulla militar. Les obligaron a bajar del vehículo y fue inútil que Matilde dijese que su acompañante era Pablo Neruda y que estaba muy enfermo. De todos modos el *Station* fue revisado minuciosamente y cada papel era leído y sometido a consideraciones. Hacía frío y Pablo soportó a duras penas la larga revisión. De pronto Matilde advirtió que las lágrimas inundaban su rostro. "Límpiame la cara, Patoja", le pidió en un susurro. El viaje continuó hasta la Clínica Santa María. No parecía que su fin estaba tan próximo. Siguió trabajando con Homero Arce que pasaba en limpio sus poemas. Leyó una novela que le llevó Delia Vergara. Le recomendó a Aída Figueroa que pusiera a salvo a su marido, Sergio Insunza, "porque estos matan", le dijo. Insistía en ver televisión, aunque Matilde ordenó retirar el receptor de la pieza. Se enteró de que el río Mapocho, que estaba frente a la Clínica, arrastraba cadáveres de jóvenes acribillados por los gopistas.

En su última noche cayó en un estado de delirio. *Los están matando Lo están matando, decía.* Murió en la mañana del 23 de septiembre de 1973. Su cadáver fue llevado al subterráneo de la Clínica donde llegaron unos pocos amigos. En el intertanto su casa, "La Chascona", había sido saqueada bárbaramente. Los asaltantes intentaron incendiarla. Destruyeron o se robaron cuanto encontraron a su paso. Quebraron los vidrios del salón del segundo piso, taponearon la cascada que caía desde el cerro y la casa se inundó en todos sus espacios.

La noticia de la muerte conmovió al mundo. Le propusieron a Matilde que el cadáver fuera velado en la Casa Central de la Universidad de Chile o en el Salón de Honor del clausurado Congreso Nacional o en la Sociedad de Escritores. Matilde rechazó esas proposiciones y dispuso que los restos del poeta fueran llevados a su casa destruida. Allí se realizó el velorio en medio de los vidrios rotos, de la inundación, de la destrucción de muebles y cuadros. Sólo acudieron los amigos más temerarios. La casa era rigurosamente vigilada por agentes policiales que hasta le exigían el carné de identidad a los que acudían al lugar.

La noticia sobre sus funerales, al día siguiente, apenas apareció en los diarios. Con nuestra querida amiga Ester Matte decidimos hacernos presentes en el cortejo. Antes ingresamos a la casa pisando vidrios rotos y hundiendo nuestros zapatos en el barro y en el agua. Efectivamente había en la calle una gran cantidad de agentes de investigaciones con anteojos negros y toda la parafernalia que les caracteriza. El cortejó partió desde "La Chascona" con unos veinte acompañantes detrás del carro fúnebre. En la cercana plaza, a la subida del San Cristóbal, había una pequeña multitud: mujeres y niños con flores, escritores y trabajadores hasta con banderas sindicales. En el trayecto se fueron agregando otros y otros.

Casi en cada esquina y hasta en los techos de las casas, había militares armados de ametralladoras, como dispuestos a un ataque. Se despedía así a un Premio Nobel,

al más ilustre de los chilenos. No podemos negar que todos sentíamos algún temor. Había periodistas que en el trayecto pedían declaraciones sobre el golpe, sobre el asesinato de Allende o de Víctor Jara. Nosotros contestábamos con monosílabos. Temíamos incluso ser sacados de la fila para ser detenidos quizás por qué causa. Algunos obreros despedidos de la Editorial Quimantú empezaron una desafiante recitación en coro de algunas estrofas de *España en el Corazón*. Otros cantaron la Canción Nacional. Al llegar al cementerio ya había centenares de manifestantes. Alguien inició las primeras estrofas de *La Internacional* y eso se transformó en un coro general incontenible. Algunos Embajadores presentes no sabían si era protocolar permanecer allí, pero siguieron con aire solemne el cortejo. El poeta fue sepultado en un mausoleo de la familia Dittborn. Recuerdo que habló Francisco Coloane y que algunos jóvenes poetas leyeron poemas alusivos. Recuerdo que alguien nos recomendó salir en grupos como acompañantes de algún diplomático para no ser detenidos. Tres años después el cadáver fue expulsado del mausoleo de la familia Dittborn y enterrado en las proximidades del nicho de Víctor Jara.

Tales fueron los funerales de Neruda, el día 24 de septiembre de 1973. Fue la primera manifestación pública contra la dictadura. Sin duda el poeta hubiese querido que fuera así.

En un discurso de Estocolmo, al recibir el Premio Nobel, dijo que el poeta no es un pequeño dios como afirmaba Huidobro. Y que su mayor aspiración era estar a la altura insigne de los hombres sencillos. A la altura insigne de los panaderos, los albañiles, los mineros, los obreros de las industrias, los campesinos y los pescadores. De hombres y mujeres que hacen posible nuestra existencia y que sin embargo, son los que reciben todos los golpes. Agregó una frase de Rimbaud: "sólo con ardiente paciencia conquistaremos las hermosas ciudades de mañana".

Toda la obra de Neruda está al servicio de esta ardiente paciencia para conquistar la justicia y la felicidad para todos. Ahí está su clave y es por lo tanto un patrimonio de nuestros sueños y de nuestro honor.

Cita / Referencia

Mansilla, Luis Alberto. Los últimos días. Anales de la Universidad de Chile. VI serie: 10, diciembre de 1999. <http://www2.anales.uchile.cl/>



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

